

POR EL MAR VIENEN DOS BARCOS...

Declaro que a mí la figura del emigrante me ha producido siempre muchísimo respeto, lo que acaso provenga de mi leonesa proximidad a la región que siempre se llevó la palma en esto de exportar hijos, y alzóles monumentos, y para ellos compuso la "Negra Sombra", esa rapsodia (letra de Rosalía, música de Juan Montes) que ha hecho llover a tantos ojos escocidos de recordar la tierra perdida pero no olvidada. Mis colindantes por el Cebrero o Valdeorras, es cruzar el Sil en dirección a Castilla y sentirse ya en el destierro. Sólo así se explica la existencia de un Centro Gallego... en Ponferrada. (Entre paréntesis, de estas habas cuecen en otras partes. A mí me asombró que los zamoranos "exiliados" en Valladolid sintieran la necesidad de mancomunarse, como vi una vez en su notable edificio social, con letrado luminoso y todo.) Pues qué ocurrirá al encontrarse en Dusseldorf. A mí, en Dusseldorf, lo que más me quedó de la ciudad fue aquel kiosco de prensa donde lucía, como una bandera, el periódico de Orense. Y eso que de Alemania, en definitiva, se puede volver por tierra firme, hasta en un Volkswagen con el nombre de uno mismo en la patente, con sólo ir medianamente el asunto de los marcos. Y eso consuela mucho, el saber que, aunque sea lejos, la patria es posible anda que te anda. Lo tremendo, lo propio del emigrante a ultranza, es pasar "el charco". Incluso ahora que puede hacerse en un reactor.

Por estos días de suave otoño español, que en otras tierras será primavera -y tampoco está mal-, un gran jubileo se les prepara a muchos, y no sólo gallegos. Es la fiesta grande del regreso. Como nombre de guerra se le dice "Operación España". Podría ser también operación madre, pueblo, cielo, montañas, amigos, infancia... Lo que aquí se promete es la vacación de los emigrantes en su solar, para esos que nunca hasta ahora pudieron hacerlo. No "el indiano" que recordamos todos porque su nombre benemérito está en la traída de aguas o en la campana grande de la iglesia, sino los que teníamos al borde mismo del olvido, culpa de veinte, treinta, cuarenta años de separación. Culpa también de la literatura, del cine, del teatro, que escogen a sus héroes en los extremos: el millonario triunfador o el derrotado hasta la miseria. Cuando la vida es más sencilla. y más "verdadera": los miles de viajeros de todas las regiones de España, que un día marcharon a América y allí se hicieron padres americanos sin dejar de ser hijos españoles, trabajadores de cada día, "ni envidiosos ni envidiados", conservadores de un fuego hispano que ahora recibirá el soplo reanimador de este viaje. Son, en gran parte, los mismos nombres de las listas de suscripción a los periódicos entrañables, esos inefables papeles de cuatro páginas que les llegan con semanas de retraso, codiciados por sus notas de sociedad, los anuncios,

las sesiones municipales, las esquelas... (Qué tentadora posibilidad, estudiar un día con calma el periódico de Trujillo, "El Adelanto" bañezano, "Las Riberas del Eo" ...)

Pero todo regreso no es únicamente un gozo, sino también una ocasión delicada, piedra de toque. Ahora que dos barcos vienen mar adelante, con pausa, pero con prisa, podemos imaginarnos lo que sus pasajeros van a sentir al cabo de sus singladuras. Basta poner la mano en el propio corazón y cantar de plano las propias confesiones. Porque no hay que ser gallego para saber de la morriña, y todos hemos sentido algún día las emociones del regreso. Que lo digan los burgaleses en Bilbao, los maragatos en Madrid, los andaluces en Barcelona. Quien regresa, suele volver minado inconscientemente por un inmovilismo esteticista aunque él, si se lo dijeran así, pensaría que le estaban hablando en chino. El viene de soñar largamente con la escuela desportillada donde empezó a sentirse hombre, el balcón de la muchacha quien quería, la playa solitaria de los atardeceres jugando. Luego resulta que hay un grupo escolar una casa de muchos pisos, que hablan de poner una refinería junto al mar, o una planta de pelletización. Sí, él sabe que tiene obligación de alegrarse, que todo eso es más riqueza y mejor repartida. Pero en el último secreto de su corazón...

Y, sobre todo, el tamaño de las cosas. Esto sí que sí.

Un amigo nuestro de la Cepeda había marchado a Buenos Aires y allí se pasó unos cuantos años. Nadie le reprochó que viniera con acento de la calle Corrientes, ni que nos encandilara con el relato de sus conquistas de pebetas. Lo que cayó muy mal fue que al bajarse del tren y mirar para el Teleno, exclamara:

-¡Mamita mía! ¿Pero no eran más mayorzotas estas montañas?

No me duelen prendas, y aquí declaro, como tardía reparación al amigo, mi experiencia personal de que ciertamente las torres de la iglesia, caudal del río, los ojos de Pepita y, desde luego las montañas, han mermado mucho cuando uno vuelve al cabo del tiempo.

Sobre cruel sería inútil, sospecho, advertir a los que ya vienen navegando. Además, que luego se marcha uno y todo empieza otra vez a crecer, con lo que alimentan los jugos de la nostalgia.

Antonio PEREIRA